

Guillermina, que también adoraba á su padre, vivía igualmente en absoluto retiro, entre sus plegarias, su música y sus flores; pero llenábase de alegría cuando la visitaba su hermana de leche, Marta, una campesina bellísima, sonrosada, alegre, que amaba á la princesa con toda la ternura de un corazón generoso.

Juntas las dos niñas, desaparecía al punto la desigualdad de clases: la princesa y la vasalla eran dos amigas cariñosas, dos entrañables hermanas, que paseaban por los bosques cogiendo florecillas y buscando nidios de juguetes, y si alguna vez las sorprendía la lluvia, retirábanse al castillo de Werder, y Guillermina se complacía en mostrar sus joyas á Marta, y recitaba e cogidas trovas provenzales.

Un día observó la princesa que Marta estaba triste y pensativa, y habiéndola preguntado el motivo, la campesina se ruborizó y no supo qué contestarle.

Y era que el príncipe Rodolfo tenía, entre sus criados, un escudero llamado Hernán, arrogante joven que había ganado el afecto de su señor, á quien acompañó desde niño, lo mismo en la guerra que en las cacerías por las montañas de la comarca.

Hernán profesaba á la princesa Guillermina el respeto más profundo, y se inclinaba ante ella, en señal de adoración, lo mismo que ante una *Madonna*; más ruborizábase la princesa cuando la mirada del joven escudero se encontraba con la suya, y el corazón le palpitaba con rapidez cuando oía la voz de Hernán.

Pensando en él Guillermina sentía en su alma dulcísima turbación, mezcla de alegría y tristeza.

Una tarde, paseando ella sola bajo los árboles sombríos que rodeaban el palacio de su padre, escuchó de pronto, al llegar á un bosquecillo de sauces, la voz de Hernán que decía:

—Amame, adorada mía; ámame, que serás mi esposa.

—¿Yo esposa vuestra?—respondía la voz de Marta.—Una campesina pobre, oscura, ignorante....

—Eres hermosa, eres pura, eres buena, y todo esto vale más que el esplendor de la cuna, de las riquezas y de la sabiduría. ¡Te adoro, y serás mi esposa!

Guillermina estuvo á punto de desmayar se como si estuviera ebria, alejose de la enamorada pareja y regresó al castillo.

¿Cuanto lloró aquella noche!

—¿Por qué Hernán se preguntaba—no me amará, en vez de amar á Marta? ¿No soy más bella que mi hermana de leche? ¿No soy princesa y ella es humilde aldeana, vasalla de mi padre? ¿no sé tañer el laúd y cantar dulces trovas de amores? ¿cómo podrá resistirme?

A la mañana siguiente bajó á la sala de guardias, donde estaba su padre Rodolfo, en compañía de Hernán, disponiéndose para una partida de caza.

—Estás pálida y triste, hija de mi alma! —le dijo el anciano príncipe, besándola en la frente.—¿Qué tienes, Guillermina? ¿te sientes enferma?

—No, padre mío; todo lo contrario.... Deseo dar un paseo á caballo, largo, muy largo, hasta el sepulcro de aquella hija de Carlomagno, nuestro antiguo soberano, que quiso ser enterrada al lado de su amante Eginardo. ¿Permitís, señor, que me acompañe y proteja nuestro escudero Hernán?

—¡Dios—respondió el príncipe Rodolfo, olvidándose de su proyectada partida de caza—y ¡quiera Dios que las caricias del sol de vuelvan á sus mejillas el color de la rosa, y á tus ojos azules el brillo de la salud!

Guillermina y Hernán cabalgaron largo tiempo, ella en blanca hacanea y él en fogoso corcel, á través de montañas y de llanuras.

La princesa fué la primera que rompió el silencio.

—¿Conocéis la historia de Eginardo y su amada?—preguntó á Hernán.—El (prosiguió sin esperar respuesta) se atrevió á amar á la

hija del emperador, su soberano, y la pasión triunfó de todos los obstáculos. ¡Los dos amantes se unieron en vida y en muerte! ¿Qué decía, Hernán?

El joven escudero callaba, sin atreverse á manifestar á la princesa los sentimientos que animaban su corazón: pensaba en Marta, más bella y más pura ante sus ojos que la misma hija de Carlomagno.

Llegaron á la célebre abadía que guardaba el sepulcro de los dos amantes, retratados en magníficas estatuas de mármol blanco, yacientes sobre la losa funeraria, con las manos enlazadas y en actitud de mirarse perpétuamente.

La princesa arrodillándose ante el mausoleo, y después de breves momentos de plegaria y de meditación, dijo á Hernán:

—Si yo fuese la hija de Carlomagno, me amaría hasta vencer todas las contrariedades que se opusieran á nuestro amor, como Eginardo á su amada, para vivir y morir con mí?

Hernán palideció, y acaso el fantasma de la ambición cruzó por delante de sus ojos, procurando fascinarte; pero la imagen patética de Marta le sonreía, y mirándola impresa en su alma, encontró fuerzas para responder á la princesa:

—Yo, señora, soy un siervo de vuestro padre, y nunca me atreveré á elevar mis pensamientos hasta vos.

Guillermina se levantó, subió á la hacaña y echó á andar hacia el castillo de su padre, seguida del respetuoso escudero.

Pocos días después, Marta, radiante de alegría, visitaba á la princesa y la decía entre dulces rosas:

—Vengo á hacer una confesión á la amiga, y á pedir una merced á la princesa: Hernán me ama, y yo le adoro. ¿Queréis pedir á vuestro padre que nos permita ser esposos?

Guillermina no respondió, y aquella noche permaneció largas horas al lado de su padre, quien le dijo abrazándola, cuando la acompañó hasta su dormitorio:

—Duerme tranquila, hija mía: si de ello depende tu felicidad, yo renunciaré gustoso á mi investidura de príncipe en favor de Hernán, para que él sea tu esposo.

—¡Ah, no! El escudero, fiel á su amor, rehusó la oferta de Rodolfo, y dos meses más tarde se casó con la humilde campesina á quien amaba.

Y la noche de las bodas de Hernán y Marta, la princesa Guillermina, que presenció desde un rincón oscuro de la iglesia la bendición nupcial de los dos amantes, desapareció del castillo de su padre.

¿A dónde fué? ¿quizá á buscar en las aguas del Rin, lento, profundo, misterioso, el olvido y la muerte?

No se sabe: dícese en aquella comarca que en las noches de clara luna pasea por los almenados muros del castillo de Werder una *dama blanca*, que suele gritar con dolientes ayes:

—¡Hernán, Hernán! ¿yo te amo!

PEDRO FERNÁNDEZ LUIS.

(0)

A LA FÉ.

(INÉDITA.)

Qué tristes son los gozos de este mundo, que pasan presurosos, cual meteoro, y nos dejan dolor grande y profundo haciéndonos verter amargo lloro!

Entonces, al cruzar por la existencia, muertas ya nuestras bellas ilusiones, imploramos del Cielo la clemencia; le pedimos á Dios sus bendiciones.

La fé, que es un refugio en este siglo, calma nuestros acerbos suspiros y nos hace entrever en nuestro anhelo rico Eden de delicias y de flores.

Nada importa sufrir aquí en la tierra, que hay un premio en el Cielo, para el hombre, á quien la sociedad en cruda guerra le quita la honra, posición y nombre.

Nuestra santa y hermosa religión, es madre de la fé, bella y sublime; ¡desgraciado del pobre corazón que dudando de todo, triste gime!

Por eso yo á la fé divina canto; un altar en mi pecho le he erigido, es el escudo poderoso y santo que en el mundo falaz me ha defendido.

CAMERINA PAVON Y OVIEDO.
Febrero 4 de 1887.

LO QUE DICE LA MUERTE.

(TRADUCCION DE J. DE SILES.)

—Dejad venir á mí los que lucharon; dejad venir á mí los que padecen, los que en tedio y dolor se apacientaron, los que sus propias obras escarnecen.

En mí, los sentimientos que amargaron, duda, Pasión y Mal se desvanecen. Las fuentes del sufrir, que no cesaron, en mí, como en un mar, desaparecen....

Intérprete, la Muerte, silencioso, habla así con acento misterioso de invisibles destinos, muda y fría.

Mas es, en su mudez, más resonante que el clamoroso mar, y más radiante allá, en su noche, que la luz del día.

ANTHERO DO QUENTAL
(Poeta portugués.)

RIMA.

Voy, contra mi interés, á confesarlo; pero yo, amada mía, pienso, cual tú, que una cosa sólo es buena de un billete del Banco al dorso escrita. No faltará algún nacio que al oirlo se haga cruces y diga:

—Mujer al fin del siglo diez y nueve, material y prosaica.... ¡Boberial! Voces que hacen correr cuatro petas que en invierno se embozan con la liral! Ladridos de los perros á la luna!

Tú sabes y yo sé que en esta vida con genio, es muy contado quien la escribe, y con oro cualquiera hace poesia.

GUSTAVO A. BREQUEE.

XXXIV

¿Por qué la noche callada de negras sombras se vistió? ¿Acaso está enamorada?

—Está triste. —Triste!... ¿Y su pesar alegre riñiendo al amor tributo vestida de sombra negra?

—Va de luto. —¡Luto! Por eso á deshora camina con paso incierto: ó celos ó ausencia llora.

—Lora á un muerto. —¡Muerto! ¡muerto! Triste punto de su amorosa porfia; pero, ¿quién es el difunto?

—¿Quién?... El día. —El día su faz esconde rotos los mortales lazos!

Murió... pero... ¿cómo? ¿dónde? —En sus brazos.

—En sus brazos! ¡Trance fuerte que en negro luto la abismal Pero, ¿quién le dió la muerte?

Ella misma. —Por eso triste y callada de negras sombras se vistió.

—Por eso viene enlutada, muda y triste.

La desanimación proviene, como la ambición, de la impaciencia de éxito.

GASPARIN.

El dinero que posee uno es el instrumento de la libertad; el que persigue, el de la servidumbre.

J. J. ROUSSEAU.



Tomo III. México, Domingo 29 de Octubre de 1887. Núm. 119

ANGELINA.
NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.
ESCRITA PARA "EL TIEMPO."
(CONTINUA.)

Cayóme en gracia el viejecito. Fino, afable, cortés, jovial, sin llanezas ni bromas de mal gusto, de fácil palabra y amena conversación, el P. Herrera, á pesar de sus años, parecía un mozo por la frescura de sentimientos. Le hallé tal y como Angelina me le pintara. —Ya le conocerás—me decía la joven—es muy sencillo, muy locaz. A veces tiene cosas de chiquillo. Por eso le quieren tanto sus feligreses. Y mira que los indios son insubribles. Dicen: *por aquí, esto, lo otro*, y no hay manera de que entren en razón. Papá los sobrelleva de un modo que á las dos palabras ya están sumisos y obedientes. Dicen que San Sebastián era antes un pueblo perdido, un pueblo de haraganes y de borrachos. Allí sólo las mujeres trabajaban.... Ahora es otra cosa. Papá consiguió que le oyeran, y ahora todo anda á las mil maravillas. Ha puesto escuelas; una de niños y otra de niñas. La iglesia no es ya la que encontramos, fría, húmeda, pavorosa. Papá la ha puesto como una tacita de plata. Yo quisiera que tú la vieras. Los altares lindísimos; el púlpito magnífico, nuevo, de madera riquísima; digno de un obispo; las imágenes muy buenas.... Una Virgen de los Dolores, que es una perla; un San Sebastián que da gusto verlo. Todavía quedan algunas imágenes feas.... pero.... ¡imposible! Papá dice que con el tiempo todo se consigue, y que él acabará con esos santos que parecen hechos para asustar chiquillos. Ya tú sabes lo que son los indios. Y todos quieren mucho al señor Cura. Una vez dijeron allá,

que se iba; que le mandaban á otro curato, y todo el pueblo, todito, se juntó en la plaza, para pedirle que no los dejara. Papá les dijo que no, que estuvieran tranquilos; pero ellos no hicieron caso, y más de cien se fueron á Jalapa, y se le presentaron al señor Obispo. Ahora, si tú vieras á mi papá.... No para, no para. Tamprano dice masa. Después, un rato al jardineito, una huerta muy bonita, con muchos árboles frutales, con hortalizas, y un gallinero. ¡qué gallinero! Luego á la iglesia, á oír confesiones, á bautizar, á cuanto se ofrece. Lastima me daba verle. En ocasiones llueve á cántaros, como llueve por allá, y vienen por él, para ir á una confesión.... Y allá va el pobrecillo, en su mulla, á subir y bajar cerros, porque allí todo es subir y bajar. De regreso descansa un ratito, y á las escuelas, á enseñar á los muchachos, á dar lección de catecismo á las inditas. Y en la tarde, rosario, sermón. En Mayo, mes de María, ¡qué altar! ¡qué flores! Para flores.... la Sierra! Ahora, si vieras qué bueno y qué bondadoso es con todos.... Nunca se impacienta, nunca está malhumorado. Para una cosa sí es terrible, para el arreglo de la casa. No puede ver nada fuera de su sitio. La mesa ha de estar bien puesta, sin que falte nada, ¡unidadito! El dico que en las casas bien arregladas no dura mucho la tristeza; que en una mesa bien servida, aunque no haya en ella ricos manjares, ni perdices, ni lampreas, no falta la alegría. Ya tú verás, hay que andar listas. Que lo diga señora Francisca....

Era muy ilustrado el P. Herrera, muy instruido, sabía de muchas cosas, y se preocupaba por la Botánica. Era de oírle cuando se soltaba hablando del movimiento religioso en Inglaterra y Estados Unidos. Estaba al tanto de los progresos científicos, y sin pedanterías ni vanidades, así, como quien no quiere la cosa, discurría, como un sabio, de Filosofía y de ciencias físicas y naturales, dando innumerables muestras de su claro talento y de su copiosa erudición. ¡Buenos ratos me pasé oyéndole hablar de Religión! ¡Qué mansedumbre! ¡qué dulzura! ¡Nada de vanos escrúpulos ni de ridículas gazzmoñerías!

Tres días estubo con nosotros; al cuarto se fué á Pluviosilla, con objeto de arreglar algunos negocios, y asistir á no sé qué fiesta solemnísima en el templo de Santa Marta. Estuvo por allá una semana. El veinte de Febrero ya le teníamos de regreso.

El viaje de Angelina quedó resuelto. Se iría, y no la volveríamos á ver hasta que pasara la Semana Mayor. ¡Qué amargo fué para mí aquel mes de Febrero! Y para todos. Mis tías ocultaban su tristeza. Tía Pepa, siempre tan parladora, enmudeció como los pajarillos del corredor, silenciosos y tristes á la sazón por el cambio de pluma; la enferma nos parecía más abatida que de ordinario, y Angelina salía y entraba, arreglando los equipajes, mustia y cabizbaja.

No se cómo pude trabajar durante ese tiempo. Para colmo de males tuvimos que hacer de sobra en el despacho. Castro Pérez traía entre manos un negocio muy difícil, y se le iban las horas hojeando libretos y dictando alegatos. La tarea terminaba á las mil y quinientas, volvía yo á casa entre nueve y diez